

debo manifestar mi firme convencimiento de que el estudio de ambas artes ha de formar parte integrante de los planes de estudios relativos á las escuelas elementales. Lo mucho que el estudio del dibujo y de la música contribuye al desarrollo de ciertas facultades, y las valiosas aplicaciones que puede tener no sólo en la escuela misma sino en la vida social, le dan indisputable derecho á ser considerado entre las asignaturas necesarias á toda clase de alumnos matriculados en esas escuelas.

VIII

ESTUDIO DEL LENGUAJE

Su importancia en la instrucción.—El estudio del lenguaje ha ocupado lugar distinguido en la mayor parte de los sistemas de instrucción. Por remota que sea la época que busquemos en la historia del saber humano, hallaremos que los estudios acerca del buen uso y elección de las palabras ha sido siempre una de las principales condiciones para obtener buena educación. En algunas universidades, sobre todo en las inglesas, ese estudio se consideraba mucho más importante que los demás.

Razones que lo abonan.—Así, pues, empecemos por preguntarnos por qué hemos de estudiar el lenguaje, en qué razones se funda la tradición universal para favorecer los estudios filológicos y gramaticales, y si son valideras esas razones; y, al serlo, hasta qué punto debemos adoptarlas, teniendo en vista lo que con justicia reclaman otros muchos ramos de conocimientos útiles modernos. Sabemos ya, que la palabra es uno de los distintivos del hombre. Todo vocablo se ha inventado para representar un hecho ó un pensamiento, y sirve de medio para la trasmisión de las ideas. De modo que cada palabra nueva viene á representar una nueva conquista de la civilización, algo agregado á los recursos intelectuales de la humanidad. Aprender palabras y su com-

pleta significación es aprender mucho acerca de las cosas que ellas representan, así como acerca de lo que otras personas han pensado con relación á esas cosas. Al aumentar nuestro vocabulario, tanto respecto al propio idioma como á cualquiera otra lengua, se aumenta el alcance de nuestro pensamiento y adquirimos nuevos materiales para el saber.

Además, los vocablos de que nos servimos no son tan sólo exponentes de las nociones que han existido en otras inteligencias, sino que son los instrumentos por cuyo medio pensamos. Sin admitir la intervención del lenguaje no se concibe ninguna acción consecutiva del pensamiento, ningún paso desde lo conocido hacia lo desconocido; por tanto, lo que nos da precisión y método en el uso de las palabras da precisión á nuestros pensamientos. El lenguaje, según lo han formado los pueblos y se ha reunido en la literatura universal y se ha sujetado á fórmulas gramaticales, corresponde por su estructura á la evolución del pensamiento en el hombre. Toda regla gramatical es, en otra forma, una regla de lógica; todo modismo, una representación de alguna diferencia ó rasgo característico del pueblo que lo ha usado; toda sutil distinción verbal indica alguna distinción lógica; toda figura de dición, es símbolo de algún esfuerzo de la imaginación para pasar de lo material y prosaico á la región de lo infinito; y toda ambigüedad verbal es á un mismo tiempo efecto y causa de confusión mental. Así resulta que el estudio del lenguaje es el de la humanidad; que las fórmulas del lenguaje representan las del pensamiento humano; que la historia del lenguaje es la de nuestra especie y la de su desenvolvimiento; y que un gran dominio del lenguaje es un gran dominio de las ideas que constituyen el tesoro de nuestra vida intelectual.

Latín y griego.—Sabido es que la cultura lingüística y filológica que se ha considerado más valiosa es la obtenida á favor del estudio del latín y del griego. Esto provino de que en otro tiempo no existían apenas otras obras dignas de leerse que las escritas en esos idiomas. El que entonces deseaba aprender historia, filosofía, retórica, literatura dramática, geometría, etc., tenía que acudir á los grandes autores griegos y latinos, como Tucídides y Tito Livio, Platón y Cicerón, Aristóteles y Quintiliano, Sófocles y Plauto ó Eurípides y Terencio, Euclides, etc. La literatura moderna estaba muy en sus principios, y se notaba en ella cierta rudeza propia de una época nada lejana de la Edad Media. Aunque ya se habían escrito las obras del Dante y otras no tan notables, á ningún sabio del siglo XV se le habría ocurrido suponer que esas obras mereciesen analizarse críticamente como los poemas de Homero, Virgilio ú Ovidio.

Su gramática.—Otra razón en favor del estudio del latín y griego consistía en que estas lenguas eran las únicas cuya gramática se había formulado y reducido á sistema. Cada una de ellas era casi homogénea, siendo muy pocos los elementos extraños que contenían. Tanto en una como en otra había un completo sistema de inflexiones y fórmulas gramaticales; y ambas eran ya lenguas muertas, esto es, que no se hablaban generalmente en ningún país, y por lo tanto habían dejado de estar expuestas á la corrupción que experimentan las lenguas vivas por el uso común que de ellas hacen las gentes ignorantes. Las dos ofrecían el ejemplo de su gramática filosóficamente formada, y de una literatura fija, en la cual se veían aplicadas y podían estudiarse fácilmente las leyes gramaticales. En cambio, los idiomas de la moderna Europa eran heterogéneos y estaban llenos de anomalías y sufriendo constantes cambios.

De ahí que no ofrecieran tantos atractivos y ventajas á los hombres dedicados al estudio del lenguaje.

Usos que tuvo el latín.—Pero además de esto, si bien había dejado de usarse el latín como idioma popular, estaba convertido en lengua universal de la Iglesia y de los sabios, y en latín se escribían todos los libros y documentos importantes. Era el medio de comunicación entre los hombres de ciencia, y su estudio constituía la base de la educación en las naciones europeas.

Uso que aun tiene.—Todavía en la época presente se recurre al estudio del latín como fundamento de la instrucción literaria propiamente dicha, aunque ya no tiene tanta aplicación como antes; las lenguas modernas han reemplazado al latín para todas las manifestaciones del pensamiento.

Nociones de latín en las escuelas elementales.—Opino que la enseñanza del latín debe aplazarse hasta que el alumno haya llegado á desenvolver y educar bastante sus facultades mediante el estudio de varias asignaturas elementales; es decir, creo que no debe ser objeto de instrucción especial en las escuelas elementales. Pero sí conviene que en ellas se den algunas lecciones por las cuales adquirieran los alumnos cierta noción de la existencia é importancia de la lengua latina, muy principalmente por derivarse de ella gran número de las voces que constituyen los idiomas modernos de Europa y América. Hasta en las escuelas donde los estudios sean más elementales deberá enseñarse al niño que existen varios idiomas y muchas maneras de expresar una misma idea. Luego se le presentarán ejemplos de palabras de origen latino, haciendo notar cómo pueden distinguirse por sus terminaciones y otras particularidades de su estructura.

Derivados del latín.—También podrá ser ventajoso

explicar la etimología de muchas palabras que vengan del latín; pero en esto se ha de proceder con cautela. Si á un alumno poco instruído todavía se le dice que percibir se deriva de *per* y *capio* ú obediencia de *ob* y *audio*, nada habrá aprendido con eso, que más bien le oscurecerá la idea que ya tenga del significado de las palabras propuestas como ejemplos. Al efecto no se emplearán sino voces cuyos componentes latinos no hayan adquirido al formar la palabra compuesta, ó al pasar á nuestro idioma, distinto significado del que tuvieran primitivamente; por ejemplo, las voces *submarino* y *soliloquio* tienen una etimología que por sí sola da idea completa y precisa de su significado, sin ocasionar ambigüedad ó confusión de ninguna clase. Será particularmente útil manifestar cómo algunas voces que en un principio tienen significación literal y material llegan á tenerla metafórica. Así sucede con la palabra *fuerte*, de la que se derivan *fortaleza*, material ó moral, *fortificar*, *fortalecer*, *confortativo*, etc., con *imagen* é *imaginación*, *íntegro* é *integridad*, y otras; lo cual ofrece ocasión para decir que la aplicación de una palabra á una verdad moral ó intelectual es subsiguiente á su significado material, y que se puede expresar una verdad de carácter moral por una imagen de naturaleza material, pero nunca un hecho material por una imagen procedente del mundo del pensamiento. Igualmente podrá ponerse ejemplo de algún que otro radical latino, para que después los discípulos les añadan sílabas también de procedencia latina, á fin de formar voces compuestas como *suponer*, *exponer*, *interponer*, *posponer*, *reponer*, haciendo ver cuál es el elemento común en todas esas palabras.

Prefijos y afijos.—Más tarde se llamará la atención sobre la doble significación de los prefijos latinos, con

objeto de explicar, por ejemplo, que en algunas voces hacen oficio de preposición y se refieren á lo material, como en *transportar, invadir, expeler, emitir, extramuros, etc.*, y un significado adverbial ó derivado, como en *transigurar, incompleto, experiencia, elocuencia, extravagante*. Al hablar de estos prefijos es necesario manifestar que se tiene incompleta idea de su significado si al buscarlos en un diccionario se considera sólo su significación primitiva como preposiciones simplemente, sin atender también á su significación secundaria dándoles valor adverbial, en la composición de los verbos.

De lo expuesto se infiere que algunas nociones de latín—no la gramática, sino cierto vocabulario y ciertos hechos que sirvan para explicar la estructura y significado de palabras pertenecientes á nuestro idioma usual—estimularán y auxiliarán mucho á los que más tarde tengan oportunidad para continuar los estudios sobre el lenguaje, y aun servirán á los que no hayan de tener esa oportunidad. Por manera que las nociones de latín pueden perfectamente formar parte de lo que se enseñe en las escuelas elementales.

Lenguas vivas.—En la enseñanza de las lenguas vivas extranjeras, lo que se ha de tener en vista no es precisamente lo que nos proponemos al enseñar las lenguas sabias. Es verdad que en cierto sentido el estudio del francés puede servir para el mismo objeto que el del latín, si la gramática francesa se enseña comparándola constantemente con la de nuestro propio idioma, para determinar las diferencias resultantes. Pero la estructura de la gramática francesa no da ocasión á comparaciones y contrastes tan instructivos como la latina, ora nos proponamos lograr disciplina filosófica, ora queramos profundizar las leyes gramaticales por lo que en sí valen. La primera razón por la cual se aprenden las

lenguas vivas es la de poder leer y hablar en esos idiomas como medios de comunicación. El gran objeto de enseñar el latín—la investigación de la lógica del lenguaje, y la acción refleja de su gramática en la estructura de otros idiomas y particularmente del nuestro—es sólo secundario y de subordinada importancia cuando se está estudiando el francés, por ejemplo. En cambio, el principal motivo de aprender el francés, ó sea el de poder hablar y escribir en esa lengua, no es, de ningún modo, el que nos hace estudiar el latín. Y sólo teniendo presente esta diferencia fundamental podremos formar los métodos más convenientes para enseñar uno ú otro idioma.

Sus analogías con el latín.—Es claro que algunos de los principios antes expuestos son igualmente aplicables al latín y al francés, puesto que ambos son idiomas extraños. En uno y otro necesitamos empezar por el principio, por aprender vocabulario y gramática. En los dos es esencial comenzar aprendiendo unos cuantos nombres, para unirlos primero á verbos, luego á adjetivos, y después á otros nombres en las diferentes relaciones de caso. En ambas lenguas es igualmente importante que no se den nuevas reglas sino cuando hagan falta y se puedan demostrar inmediatamente sus aplicaciones. En ambas hay la misma necesidad de interesar al alumno, haciéndole unir las palabras aprendidas á objetos y sucesos que están al alcance de su comprensión. En una y otra conviene llamar de continuo la atención sobre las frases y construcciones análogas de nuestro propio idioma.

Sus diferencias.—Pero además es necesario que al enseñar el francés se pongan desde el principio ejercicios de conversación, á fin de que los discípulos aprendan á hablar al mismo tiempo que vayan conociendo la

teoría gramatical. Conviene empezar por frases familiares y sencillas. En una de las mejores escuelas de Inglaterra he visto lo que allí se llamaba *clase de las cotorras*, en la cual figuraban niñas de corta edad que estaban aprendiendo á decir frases y cantinelas. Se cuidaba de que imitaran bien la pronunciación ó inflexión de voz verdaderas, y sólo se les decía el significado total de las frases, sin atender al de cada palabra en particular. Según este sistema, los niños no han de ver escrita ninguna palabra francesa hasta que hayan dominado las dificultades de pronunciación y entonación; entonces es cuando se les empieza á llamar la atención sobre los sonidos de las sílabas por separado, el significado de cada palabra ó modismo y la manera de traducirlo.

Hablarlas antes que escribirlas.—Esos ejercicios son de mucha utilidad. Para la conversación es necesario acortumbrarse á comprender lo que significa toda una frase sin detenerse á pensar qué quiere decir cada vocablo, y ya sabemos cuán lento es el trabajo de ir uniendo unos á otros los diversos elementos de la oración cuando se trata de entender lo que se nos dice en cualquiera lengua extraña. De ahí que al enseñar el francés á una clase compuesta de niños de corta edad, se deba proceder de un modo semejante á la manera como el niño aprende la lengua materna; esto es, usando de breves oraciones cuyo significado total es lo único que al principio se considera, prescindiendo de su análisis. Lo mejor es procurar que cuanto antes aprenda el niño frases que le pueda ser grato fijar en la memoria.

Es evidente que el aprender de memoria y la práctica de hablar tienen más importancia en el estudio de los idiomas modernos que en el de las lenguas muertas. Cuando se está aprendiendo el francés ó el alemán, las

lecciones en que los discípulos leen y traducen solamente sin ejercitarse en la conversación, no son de gran utilidad. Hasta la más sencilla oración afirmativa puede convertirse en interrogativa, ó facilita materia para una pregunta y respuesta, que á poco que se varíe obliga al niño á fijarse en el valor de las voces; y mientras el discípulo no se apropie las palabras y aprenda materialmente á usarlas, sus adelantos dejarán bastante que desear. También se ha de tener presente, que cuando se quiere adquirir cierto caudal de voces para usarlas en la práctica ordinaria, no es un gran número de nombres y adjetivos lo que hace más falta al principio, sino algunas frases familiares ó locuciones comunes para pedir, afirmar, negar y preguntar; pues en ella encuentran fácil acomodo los nombres sustantivos y adjetivos á medida que se van aprendiendo después. Como dice Marcel, mejor es saber menos palabras y poderlas aplicar en la práctica que poseer un vocabulario más extenso y no saberlo emplear.

El latín para la vista y el francés para el oído.—Cuando se estudia el latín basta con entender las palabras leídas y darse cuenta de su conveniente colocación gramatical; de modo que el sentido de que nos hemos de valer principalmente, es el de la vista. Pero al aprender una lengua viva como el francés ú otra, necesitamos valernos también del oído y de la voz; por lo cual gran parte de cada lección debe darse con el libro cerrado.

Ejercicios de audición.—Convienen especialmente los ejercicios que podemos llamar de audición, los cuales consisten en oír frases ó cláusulas dichas en francés é interpretarlas rápidamente. En la mayor parte de las escuelas ni siquiera se dicta bastante en francés, aunque el dictado constituye un ejercicio tan sencillo como necesario, que no se debe descuidar. Con todo, ha de

considerarse que el dictado no es suficiente, porque el encargado de dictar cuida generalmente de hacerlo despacio y pronunciando con la mayor corrección posible, y no como se suele hablar en la conversación ordinaria. De ahí que muchos escolares que han aprendido á escribir bien al dictado en francés no puedan, sin embargo, seguir una conversación ni aun entender un discurso pronunciado como de ordinario. Sabido es lo que desagrada, cuando uno se figura poseer el francés porque ya sabe leerlo de corrido y traducirlo, encontrarse entre franceses y no poderles entender bien, porque, al hablar ellos con la rapidez habitual, el que carece de costumbre de oírlos no los puede seguir. Le parece que hablan demasiado de prisa, olvidando que al hablar él en su propia lengua lo hace con igual rapidez, y que en realidad no se posee un idioma lo bastante para poder hablarlo hasta que se logra pensar en él con la misma rapidez habitual con que se habla. El único remedio para evitar esto es el mucho ejercicio de oír leer ó hablar con la rapidez ordinaria; y la facultad de utilizar mejor ese ejercicio la adquieren mucho más fácilmente los niños antes de que su inteligencia se haya ocupado en trabajos analíticos y gramaticales. Por lo tanto, esa clase de ejercicios ha de adoptarse desde el principio. Bowen y otros maestros recomiendan que tan pronto como sea posible se proporcionen á los discípulos adelantados obras de consulta en francés, ya porque las tecnologías científicas son más parecidas entre sí, ya porque las cuestiones tratadas y el interés que estas tienen para los discípulos facilitan más el camino al estudiante.

Ejercicios de composición.—Un ejercicio muy importante y que debiera practicarse más, es la composición en el idioma que se está estudiando. Al principio pueden darse un nombre, un verbo y un adjetivo, para

que el discípulo forme con ellos dos ó tres oraciones; luego, pueden darse algunos nombres para que el alumno los una á verbos que él elija; después se propondrán verbos y adjetivos, para que el estudiante añada nombres y construya cláusulas; y por último se darán frases peculiares ó modismos, para que los discípulos les den cabida en cláusulas de su invención. Por de contado que según adelante el alumno se le han de ir facilitando menos materiales; y nada importa si él acude sólo á su memoria ó á los libros con objeto de proporcionarse las palabras que necesite para sus ejercicios de composición, pues lo mismo le aprovechará una cosa como otra.

Pero no se crea que al encarecer la importancia de los ejercicios orales que requieren más habilidad, prontitud y memoria por parte del maestro dejo de tener en cuenta que las lenguas vivas se estudian también para poderlas escribir, y que su gramática debe conocerse á fondo. Por lo mismo, no podremos prescindir de los ejercicios escritos, especialmente de los gramaticales y de composición, de igual clase que los usuales y necesarios para la enseñanza de las lenguas muertas. Esto es lo que los libros de texto suministran en abundancia.